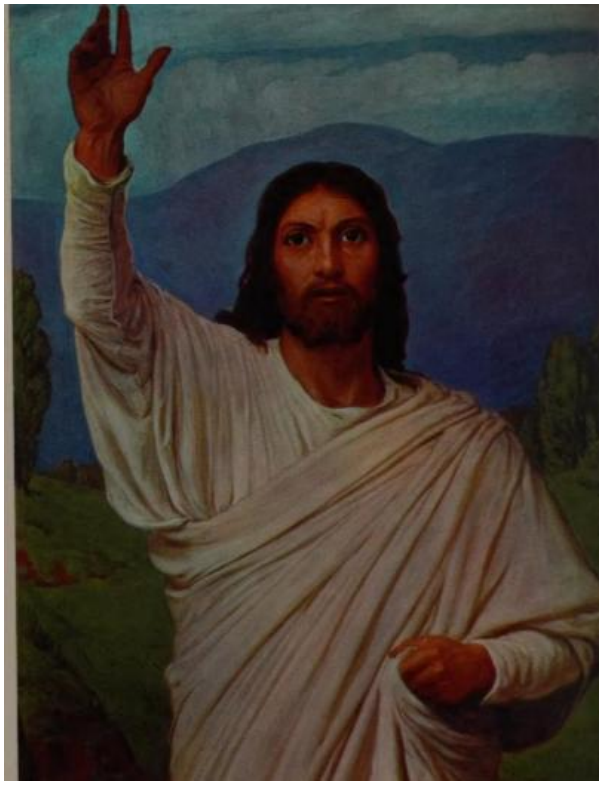
La personalidad de JESÚS

POR G. B. Stern

August Jerndorff



EL SERMÓN DEL MONTE

La personalidad de JESÚS

POR G. B. Stern

Patrocinado por los monjes benedictinos de la Abadía de Belmont

El Programa Católico de Saber Tu Biblia

GARDEN CITY ¢ NUEVA YORK

Nihil Obstat: Rev. John A. Oetgen, O.S.B., J.C.L. Censor Deputatus

Imprimatur: '% Walter A. Coggin, O.S.B., Ph.D. Abad electo de Belmont Abbey Nullius

5 de septiembre de 1960 Abadía de Belmont Nullius Belmont, Carolina del Norte

CopyricHt © 1961 POR NELSON DOUBLEDAY, INC. | IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Sey Wig ame it ieidkerr (ve a9 Gye. ame 2 ¢h ae -

Nota del autor

¿QUIÉN se atreve a representar a Jesucristo, el Hijo de Dios? Ese fue mi primer pensamiento cuando el editor del Programa Católico Conoce la Biblia se me acercó para escribir este álbum sobre La Personalidad de Jesús. Ningún humano podría empezar a comprender este Sujeto divino.

Sin embargo, todos debemos intentarlo, porque por eso Jesús se hizo hombre — para guiarnos hacia Dios a través de Su humanidad. Él eligió venir a nosotros como hombre, así que debemos ir a Él como hombres — tal como hicieron sus primeros seguidores.

En este álbum intento recrear varios incidentes bien conocidos en la vida de Nuestro Señor, en cuanto al impacto que pudo haber tenido en sus amigos — y enemigos. Podríamos haber estado en su lugar; ¿Cómo habríamos reaccionado?

Los escritores del Evangelio nos dan los resumen de estos eventos clave. En consonancia con los objetivos del Programa Católico Conoce la Biblia, he intentado esbozar con los detalles humanos, con la esperanza de que los lectores de hoy puedan imaginar mejor estas escenas. Por tanto, muchos de los personajes de estas páginas son ficticios: Rubén, Isacar, Sadrac, Dara, Abner, Cuxan, Keziah, Linus, Ezar, Asshurim, Meseque, Tamar, Jared, Peresh, Caleb, Lidia, Prochorus, Thara, Abiel y Demetrio.

PARECÍA que los médicos que enseñaban en el Templo de Jerusalén no podían dejar de exclamarse unos a otros sobre el chico desconocido de doce años, no uno de sus alumnos habituales, que se había colado, se había sentado, escuchado y hecho preguntas. "¡No fueron increíbles, su rápida comprensión y brillantes destellos de perspicacia! No había nada que pudiéramos enseñarle, era todo al revés. ¿Quién pudo haber sido?" Seguían y seguían preguntándose por Jesús, porque así era como

Su Madre le había llamado en su tierna reprimenda por haber dejado que su padre y ella permanecieran en tal estado de terrible ansiedad durante tres días enteros, buscándole en vano — "Porque no le echaron de menos hasta que volvieron de regreso desde Jerusalén, y luego cada uno pensó que probablemente estaba con otro grupo de sus parientes y amigos."

Y el rabino más erudito repitió: "¿Oíste lo extraño que le dijo, también severamente para su edad: 'Debo ocuparme de los asuntos de mi padre'? Luego, justo después, los abrazó, besó y les aseguró su devoción."

"No, no puedo estar de acuerdo en que lo haya dicho con firmeza", replicó otro rabino. "Lo dijo como si se maravillara de cómo su madre y su padre no sabían ya dónde podría haberse quedado."

"Sobre los asuntos de mi padre" . . . Creo que el hombre que vino a buscarle debió de ser su padre adoptivo."

Pero estaban tan obsesionados con el propio chico que no tenían espacio en sus mentes para debatir su extraño comentario a su madre. Y se alegraban de haberle visto y escuchado por sí mismos y, por tanto, no tener que encontrar palabras para describirlo entre ellos. Continuaron repitiendo una y otra vez: "Ningún erudito que haya entrado en este Templo podría compararse con Él."

Pero María no podía olvidar este conmovedor recordatorio de lo que en secreto había sabido todo el tiempo y reflexionado en su corazón, desde que aceptó el mensaje del arcángel sobre el Niño que iba a nacer: "Hágase a mí..."

Ella y José habían notado su deleite al reunir a su alrededor a los otros jóvenes que también habitaban Nazaret (NAZZ-uh-reth), riendo, jugando y regocijándose en su compañía. "Es tan popular que no podemos alejarlos de Él", le decían sus padres a Mary. "Es tan natural para ellos como ir a una fiesta de cumpleaños correr a tu casa llamando: '¡Jesús! ¿Dónde está Jesús?' Un hijo único no suele ser así — aunque tiene un primo John, ¿no dijiste, un poco mayor que él?"

"Sí, otro hijo único, del sacerdote Zachary (ZACK-uh-ree) y mío. querida Elizabeth, su esposa. Pero viven en las colinas de Judea, muy lejos de aquí, y rara vez le vemos.

Una vez, antes de que nacieran Juan y Jesús, viajé a pie y me quedé allí tres meses. Estábamos tan felices, Elizabeth e IJ, esperando con ilusión nuestros bebés."

La llamada de Nathaniel

Cuando Juan tenía treinta años, recibió una señal del cielo y vino al país alrededor del río Jordán, llamando en voz alta a los hombres a arrepentirse, a que sus pecados fueran perdonados y a ser bautizados en las aguas del río.

"Porque de tal es el reino de los cielos"

Un día, cuando estaba cerca de Betania (beh-THAY-nee-uh) y las múltiples estudes se agolpaban a su alrededor preguntando si era el Cristo, los Mesías (bah-SUSPIRO-nosotros) tan esperados, Juan vio a Jesús entre ellos y dijo a las multitudes que aquí estaba su respuesta: "No soy digno de desatar la tira de la sandalia de este hombre."

Al día siguiente, dos de los propios discípulos de Juan volvieron a oírle decir sobre su primo que caminaba cerca: "Este es el Hijo de Dios." Uno de los dos también se llamaba John y el otro Andrew. De repente, ambos sintieron con una urgencia desesperada, pero a la vez llenos de alegría ante el encuentro, que tenían que seguir a Jesús, escucharle hablar e incluso saber dónde vivía, porque todo lo relacionado con Él era tremendamente importante, hasta las cuatro paredes de Su alojamiento. ¿Pero supongamos que los envió lejos cortésmente, dando a entender que prefería estar solo para meditar y orar? Podrían haber gritado aliviados ante su respuesta tan acogedora: "Ven a ver dónde vivo." Pero primero Andrew salió corriendo a buscar a su hermano Simon Peter.

"¿Por qué, qué te ha pasado, Andrew?" preguntó este último con franqueza. "¿Has sacado el barco sin mí y has hecho la pesca de tu vida?"

"¡Simón, Simón, hemos descubierto a Cristo!"

Philip fue el siguiente en unirse a ellos; ni una sombra de duda en Felipe tampoco, una vez que conoció a Jesús. Y entonces Philip buscó a Nathaniel.

"Nathaniel, hemos encontrado a Cristo, y ya somos sus fieles fol- a- Padres, Andrés, Juan, Simón Pedro y yo. Ven y únete a nosotros. ¡Debes hacerlo! No puedes quedarte al margen de todo esto. Él es — ¡ay, ojalá hubiera una palabra más espléndida que simplemente espléndida!"

Pero, perversamente, Nathaniel se mantuvo distante y desinteresado. "¿Quién es Él, este hombre? ¿O no es un hombre en absoluto, sino una especie de visión nublada que todos habéis conjurado, flotando sobre las colinas?"

Philip podría haberle sacudido por una reacción tan apática. ¡Una visión nublada, sin duda! ''Es Jesús, el carpintero del pequeño pueblo de Nazaret. Hemos estado todo el día sentados y hablando con Él en Sus alojamientos, y parece que han pasado menos de cinco minutos."

Pero Nathaniel siguió siendo pesado. Se encogió de hombros y comentó que nada bueno podría haber salido de Nazaret. Philip apenas podía controlarse y no discutir con él por su escepticismo cansado; Discutir no sería probable que le pusiera en contacto con Jesús, y si ese buen fin podía lograrse con un poco más de persuasión, la victoria debía ser rápida y segura. Además, el instinto le decía que Natanael, a pesar de su terquedad, podría valer la pena, y respiró aliviado cuando Jesús confirmó de inmediato su instinto y saludó al recién llegado como un verdadero y verdadero hijo de Israel.

"¿Cómo me conocías?" preguntó Nathaniel, asombrado.

Cuando Jesús le informó descuidadamente: "Oh, te vi cuando aún estabas sentado bajo la higuera", Felipe tuvo que esforzarse mucho para no reírse ante la expresión de estupor en el rostro de su amigo.

"Pero no podrías haberme visto", insistió Nathaniel. "¡Estaba fuera de mi vista!"

"¿No podría, Nathaniel? Pero yo lo hice."

"¡Maestro, tú eres el Hijo de Dios, el Rey de Israel!"

Jesús se rió, tomando a broma el incidente. "¿Qué, todo porque te vi sentado bajo la higuera? Te prometo que serás testigo de cosas mayores a medida que avancemos."

Pero Nathaniel tenía una naturaleza que no podía dejar de preguntarse, y cuando Felipe le regañaba por su anterior reticencia a unirse a los seguidores del Nazareno, seguía diciendo: "Me vio. De hecho, me vio sentado bajo la higuera — ¡cuando ya no me veía!"

El banquete de bodas en Caná

EL BANQUETE DE BODAS había sido un éxito triunfal, aunque en un momento pareció que se derrumbaría y dejaría en ridículo a los anfitriones por no haber proporcionado suficiente vino para los invitados. Los sirvientes, Rubén e Issachar (ISS-uh-kar), seguían atónitos por el milagro que presenciaron cuando se les dijo que llenaran hasta arriba las grandes jarras de piedra que había allí para la ceremonia judía de lavado.

No es que no hubieran notado cómo este hombre, Jesús, era diferente del resto de la boda. Había llegado a Caná (KAY-nuh) con sus amigos como si estuviera encantado de estar allí. Se unió primero a un pequeño grupo y luego a otro, añadiendo su propia alegría a la suya, intensificándola y haciéndoles sentir aún más convivos — como si una boda en sí misma tuviera valor tanto como el banquete.

Y entonces llegó el terrible descubrimiento sobre el vino.

Rubén se tomaba sus responsabilidades muy en serio. ¿A quién podía acudir cuando el novio llamaba al mayordomo principal por más vino y el mayordomo principal le cedía la responsabilidad? Así que le confesó el grave problema a Mary, pues era una vieja amiga de la familia y los sirvientes recordaban cómo siempre era servicial y siempre preocupada por protegerlos de una reprimenda, incluso cuando se lo merecían.

Mary no lo veía como una insignificante cosa que, de todos modos, no fuera asunto suyo. Pero como ella misma no podía ofrecer una solución práctica, pues el vino era cosa de los hombres, tocó el brazo de su Hijo y le habló en voz baja, pero segura de que vendría rápidamente en su ayuda:

"Jesús, no tienen más vino."

Rubén vio que Él se detenía y le sonreía, como si la comprensión los uniera como un fino cordón de seda. Al mismo tiempo respondió en tono burlón: "¡Siempre quieres que haga algo antes de que esté listo!"

"Antes de que esté lista..." ¿Qué había detrás de esas palabras? ¿Qué la impulsó a dirigirse a Rubén e Issachar y murmurarles a un lado: "Haced lo que Él os diga"?

Así que esperaron órdenes. Y fue mientras esperaban que se dieron cuenta de que su tono nacía de un poder silencioso que ninguno había imaginado jamás que existiera.

"Llenad los tarros de agua hasta el tope."

Y obedientemente llenaron las grandes jarras de piedra...

Lo que ocurrió entonces fue tan extraño, tan parecido a un sueño demasiado bueno para ser verdad, que no fue hasta el día siguiente que pudieron hablar entre ellos, en voz baja, de lo que habían visto cuando sacaron de las vasijas y entregaron un trago al maestro del banquete:

"¿Recuerdas cómo chasqueó los labios y preguntó al novio por haber guardado el mejor vino para servir al final del banquete?"

"Sí, lo guardaron y lo sirvieron — eso es todo lo que sabrán jamás. Pero nosotros, Issa-char, tú y yo, le vimos convertir el agua en vino."

El azote de los comerciantes y cambistas

Shadrack (SHAD-rack) era un vendedor ambulante que siempre había traído a casa una abundante reserva de shekels vendiendo palomas y corderos para sacrificios

en los patios del Templo de Jerusalén. Esa noche, su esposa y su madre estaban al límite para saber qué preparar para su cena. Se sentó fuera de la puerta de la casa, con la cabeza hundida en las manos, negándose a ser consolado y murmurando amenazas de venganza contra el profeta Jesús. "¡Estoy arruinado, te digo, arruinado!" seguía gimiendo.

Dara susurró a los niños que se mantuvieran alejados de su padre y jugaran en otro sitio. Eso les agradó hacerlo, viéndole con ese carácter tan malhumorado. Dara se sintió realmente aliviado cuando su pariente, el comerciante de grano de Siloé (sye-LOW-mmm), apareció en la entrada, bajó y aceptó la oferta de una jarra de vino. Se unió a Shadrach y, con cierta curiosidad, preguntó a esa persona regordeta, normalmente alegre y satisfecha qué le dolía para que gimiera tan fuerte.

"Ahora quizá escuchemos lo que ha pasado", susurró Dara a su madre, y salieron de puntillas de la cocina para situarse justo en el umbral de la puerta donde podían escuchar.

"¡Jesús de Nazaret, se llama a sí mismo! ¿Qué derecho tiene Él a estar ahí arriba en las escaleras, blandiendo una plaga hecha de cuerdas y amenazando con Su ira a los honestos que tenemos que trabajar y ganarse la vida? ¡Ay de mí! ¡Ay, qué pobre! ¿Qué daño le hemos hecho alguna vez?

"Siempre nos hemos sentado allí vendiendo nuestras mercancías, bueyes, ovejas y palomas, con los cambistas en sus mesas. ¿Cómo se atrevió Él, un extraño, a arrojar nuestra plata y oro por todo el suelo del patio? Y mira este gran golpe justo en mi espalda. ¡Ay! ¡No lo toques! ¡Oh Señor, oh Señor! ¡Ladrones y mentirosos Nos llamó — a mí, hijo de Jerías (jeh-RYE-uh)!"

"¿Pero no intervino la policía del Templo? Al fin y al cabo, estaba dañando la propiedad y creando disturbios."

"¿La policía? Lo intentaron pero no pudieron hacer nada. Te digo, era demasiado terrible, fuerte y alto — uno o dos pies más alto que todos nosotros." Shadrach apeló a un compañero de sufrimiento que acababa de unirse a ellos. "Tú también lo viste, Abner, con su cabello castaño rojizo y sus ojos de fuego. ¡Un hombre poseído por un diablo! ¿Policía? Un ejército en formación de batalla no podría haber detenido esa fuerza dinámica. ¡Ay, qué ay de mí!"

Pero Abner, igualmente necesitado de consuelo pero menos vehemente que Shadrach, se atrevió a contradecir la estatura titánica del profeta. Un hombre enfurecido, decía, siempre parecía más alto y más terrible que pequeños comerciantes pacíficos y tranquilos como ellos. "Pero creo que le encontraríamos diferente si le encontráramos en las calles de Jerusalén, agachándonos para hablar con los niños. He oído decir de Él que le gustan mucho los niños. Un día levantó al pequeño hijo de Cushan sobre su hombro y susurró algo que hizo que el joven gritara de risa, y se sentó allí feliz como un rey. Y sabes, Shadrach," continuó, "no necesitamos arruinarnos. Podemos montar nuestras mesas y vender nuestras mercancías en otros lugares que no sean el patio del Templo."

"Justo eso era lo que iba a preguntar", intervino el primo de Shadrach, el comerciante de maíz. "¿No hay ningún otro sitio casi tan bueno?"

Pero Shadrach prefería seguir disfrutando oscuramente de la imagen de sí mismo arruinado por este Jesús. La franja en su espalda palpitaba un poco — no mucho; No le gustaban los lugares nuevos; y había un auténtico deleite día tras día sentándose en su lugar habitual, haciendo trampas, discutiendo, regateando y ganando monedas, y al atardecer contando sus ganancias.

Sin embargo, las palabras pronunciadas por este Jesús seguían dando vueltas en su mente: "¡Mi casa es la casa de Dios, pero vosotros la habéis convertido en un nido de ladrones! . . . Un nido de ladrones... . un nido de ladrones... ."

La mujer del pozo de Jacob

NUNCA ME VAS A CREER, pero Él ya lo sabía — este hombre que conocí sentado junto al pozo de Jacob. Sí, ya sabía, sin que yo se lo dijera, que había tenido cinco maridos y que Linus (LI-nus) no es mi hus-band. Le dije que no podía saberlo. 'Nunca nos habíamos visto antes', dije, 'y vives muy lejos de aquí.' '¿No podría, hijo mío?' Respondió en voz baja. '¡Pero yo sí!'

"Creo que debe ser el Cristo que todos hemos estado esperando durante tanto tiempo. Él dijo que sí, y. solo tienes que hablar con Él, mirarle a los ojos, saber que es verdad. Vamos, todos. ¡Comprébalo vosotros mismos!"

Pero los habitantes de Sichar (SUSPIRO) en Samaria (suh-MAHR-ee-uh) no tenían tanta prisa como Keziah (keh-ZYE-uh) quisiera, aunque se sorprendieron de la diferencia entre la mujer que había salido hace poco a sacar agua del Pozo de Jacob y esta mujer ahora llena de asombro y una especie de alegría temblorosa, instándoles a que regresaran con ella para ver al profeta que ella había declarado que era en realidad el Mesías. Ignorando su impaciencia, la bombardearon con preguntas: ¿Era joven o viejo? ¿Estaba solo? ¿Quién habló primero?

"Sí. Me pidió un poco de agua para beber. Parecía muy acalorado y cansado, y al principio parecía como cualquier otro hombre cansado y sediento sentado en un pozo. Así que, naturalmente, le pregunté cómo era que Él, un judío, me invitó a mí, un samaritano, a tomar algo. Al fin y al cabo, ¿con qué frecuencia tiene un judío algo que ver con uno de nosotros? Pero entonces Él respondió, y todo cambió."

Se detuvo, sin aliento, y su audiencia, impresionada por esa misteriosa emoción que emanaba de ella, la instó a continuar. "¿Cómo cambió todo? ¡Keziah, cuentas una historia tan mal!"

La mujer respondió despacio. "De alguna manera era suya..." quietud. Dijo que podía proporcionarme agua viva y — ¡oh, seguía siendo tan tonta! — Le pregunté cómo podía ser, porque no tenía cubo y el pozo era tan profundo. Entonces este profeta dijo" — bajó la voz a un susurro para que solo los que estaban más cerca pudieran oírla — "'El agua viva que puedo dar será un manantial de agua que fluye para siempre.' ”

"Eso no es Keziah hablando", susurró una de sus vecinas. '"Está citando lo que dijo ese profeta. Nada de esto parece tener sentido. Quizá sea mejor que vayamos a escucharlo por nosotros mismos."

"Curioso, sin embargo — si no hubiera nada en él, ¿cómo pudo Él haber podido contarle la historia de su vida y de sus cinco maridos? Al fin y al cabo, judíos y samaritanos nunca se mezclan. ¿Cómo iba a saberlo a menos que—"

A menos que fuera, por fin, el Cristo, el Salvador del mundo. Cuando salieron hacia Él, le instaron a quedarse con ellos. Se quedó dos días, y creyeron en Él.

La curación del hombre paralizado

ZAR (EEZ-your) prosperaba con la emoción de participar en eventos. Era su fanfarronancia de que nunca se le escapaba nada. Para él era carne y bebida cuando algo realmente dramático ocurría ante sus propios ojos y podía andar dando vueltas para informarlo a todos. "No hay daño en Ezar", decían la gente con indulgencia, y de hecho una noticia que de otro modo no habrían oído durante semanas o meses les trajo a sus límites. Era un narrador ocupado, aunque en ocasiones su lengua tropezaba consigo misma y tartamudeaba un poco. Lo curioso era que normalmente tenía razón en sus informes. Estas cosas realmente habían ocurrido tal y como él decía, de lo contrario su audiencia pronto habría dejado de escucharle.

Así que cuando empezaron a difundirse historias sobre el profeta Jesús y sus curas milagrosas, Esar descuidó su tienda, donde vendía especias, por estar allí, donde estaba Jesús. Debe de estar allí — aunque implicó mucho juego de pies. En realidad no había presenciado con sus propios ojos el milagro que había ocurrido en Caná, pero resultó que estaba en el vecindario casi inmediatamente después, mientras el asombro aún estaba fresco en las lenguas de Rubén e Isacar; y, despertado por rumores, un día los buscó en una posada y les hizo pregunta tras pregunta, suplicando detalles.

Pero todo lo que Rubén e Issacar tenían que decir estaba contenido en la simple afirmación: "Había agua en las grandes jarras y Él la convirtió en vino."

"¿Dónde está ahora y qué está haciendo? ¿Cómo puedo encontrarle?"

Se encogieron de hombros y Ezar se marchó en su misión.

Por pura suerte en Cafarnaum (kuh-FAR-nay-mmm) llegó a una casa donde Jesús predicaba dentro. ¡Se había reunido una multitud! No había espacio ni siquiera delante de la puerta.

De repente, cuatro hombres se abrieron paso entre la multitud cargando una cama sobre la que yacía un hombre paralizado. "Nunca le pasarás el umbral", gritó Ezar. Sin la cama, quizás, pero no en la cama."

Los cuatro soportadores de colchón parecían abatidos, pero tuvo que admitir que tenía razón.

Entonces a Ezar se le ocurrió una idea. ""¿Por qué no la llevas por la parte trasera de la casa y luego sube al tejado? Puedes quitar las tejas del lugar donde está Jesús y luego bajar al hombre."

Los amigos del hombre dudaron. Les habría gustado decirle a este pequeño oficioso: "¿Quién te crees que eres?" Pero como era una buena idea, y deseaban terriblemente que su amigo Asshurim (ASH-you-rim) fuera curado por milagro, aceptaron. Uno de ellos, ya muy cansado, aceptó agradecido la oferta de Ezar para ocupar su lugar.

Fue bastante sencillo quitar las tejas del tejado plano para abrir lo suficiente como para bajar al hombre sobre el colchón, y lo lograron sin ningún percancance.

Entonces vieron a Jesús. Habló directamente al enfermo: "Hijo, tus pecados están perdonados." Tras un momento de silencio, se volvió y habló con severidad a los escribas, leyendo su pensamiento secreto de que solo Dios puede perdonar los pecados. "¿Qué mandato es más fácil de dar, 'Tus pecados están perdonados', o 'Levántate, levanta tu cama y anda?' ¡Como si los pecados de este hombre fueran menos importantes para nuestro Padre celestial! Pero ahora, ya que pareces exigir pruebas visibles de Mi autoridad" — Se volvió hacia el hombre paralizado — "Levántate, toma tu cama y vete a casa."

Ezar y los otros tres hombres en la azotea, los que estaban en la sala y los que se agolpaban alrededor de la puerta lo vieron. El hombre indefenso se levantó de inmediato y salió a plena vista, llevando su cama consigo.

No podía ser verdad... . Sin embargo, lo era. Ezar no necesitaba seguir a Asshurim para recoger pruebas de primera mano, permanecía tendido en el tejado, atónito. Con sus propios ojos había presenciado un milagro, un verdadero milagro. Jesús había dicho: "Toma tu cama y anda", y el poder que resonaba en Su voz había sido suficiente. Ningún miembro paralizado podría resistirlo. Si cien hombres paralizados yacieran allí, la vida se habría agitado instantáneamente en sus cuerpos. La vida no podía desobedecer cuando la Vida mandaba.

Quizá pasó una hora o más antes de que Ezar se recuperara y volviera a ser su antiguo yo regordete y alegre, corriendo de un lado a otro en busca de sensaciones, decidido a participar en cualquier otro milagro que Jesús pudiera realizar.

También tuvo suerte, pues estuvo presente cuando Jesús, movido con compasión por otro paralizado, lo restauró de la misma manera. Y había un hombre poseído por un espíritu impuro que no pedía curarse, sino que lo resistía en voz alta. Y cuando Jesús ordenó que el espíritu saliera de él, Esar no pudo evitar celebrar este nuevo triunfo sobre el Maligno.

Aún más emocionante fue el día en que un pobre hombre con la mano marchita fue curado. Jesús dijo: "Extiende la mano."

"Pero ese es el punto, Maestro. No puedo alargarlo. Curadme primero y luego lo haré."

Pero así no fue como este Jesús hizo sus milagros: "Extiende la mano", repitió, y una compulsión tan fuerte fluyó de Él que el hombre tuvo que obedecer el llamado de la Vida y extender su mano marchita. Y porque obedeció, la mano marchita le volvió tan sana como la otra.

El milagro de los panes y los peces

DESPUÉS DE ESTO, Ezar se volvió demasiado confiado en que su instinto seguramente le guiaría hasta el lugar de los sucesos sensacionales. Así que se sintió humillado cuando se encontró con una enorme multitud que ya regresaba de la ladera al otro lado del mar de Galilea (GAL-uh-lee), parloteando sobre la abundante fiesta que Jesús les había proporcionado. Sin invitación le habían seguido, y vio que no habían traído nada de comer. Hubo un chico que intervino y dijo que había comido cinco panes de cebada y dos peces. .. .

"¡No! ¡No!" gritó Ezar. 'No me cuentes más. ¡No lo soporto!" Había perdido el tiempo buscando un atajo hacia el otro lado del lago, pero no existía ningún atajo. Aun así, insistieron en verter todo el oído, y por supuesto podía oír bastante bien aunque se tapaba los oídos.

Jesús había dicho que todos debían sentarse en la ladera cubierta de hierba. "Debimos de ser miles. Cogió los panes, dio gracias y dijo a sus amigos que los pasaran entre nosotros, y también nuestra parte de los peces, tanto como quisiéramos. Cuando no pudimos comer más, todavía había trozos de pan tirados por toda la hierba. Dejamos a sus amigos recogerlos y ponerlos en cestas."

Cuando Ezar llegó con tristeza a la ladera donde había sido el banquete, todavía estaban recogiendo las sobras en cestas. Bastante enfadado, Ezar fue a ayudarles. Al encontrarse cercano a uno de los seguidores habituales de Jesús, a quien llamaban Juan, preguntó: "Si solo tuvieras cinco panes y dos peces, ¿cómo podrías llevarlos y repartirlos entre miles de hombres hambrientos?"

"Es difícil de describir", respondió John, deteniéndose en su trabajo y enderezando la espalda por un momento.

Aún de mal humor, Ezar refunfuñó: "Podría describirlo lo suficientemente rápido si hubiera estado aquí."

"Puede convertirlo todo en abundancia", dijo John, "pero aún no entiendo cómo. Era como si el pan se multiplicara y se multiplicara en mis manos mientras lo pasaba, y de alguna manera sabía que siempre lo haría, que siempre lo haría...

* "No tienes apetito para la cena, Mesech (ME-sheck)", comentó su madre. Habiendo llenado indulgentemente el plato de su chico con arroz, carne guisada y una mezcla de judías cocidas, puerros y berenjena, ahora veía cómo había jugado con ello y dejado la mayor parte sin comer. "Eso no es propio de ti, después de un día al aire libre."

Su hermana le recordó que había preparado una comida inusualmente grande para

PASAJES FAMOSOS DEL Sermón del Monte

Y al ver a las multitudes, subió a una montaña, y cuando fue puesto, sus discípulos vinieron a él. Y abriendo la boca, les enseñó, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu; porque es de ellos el reino de los cielos. | Bienaventurados los mansos: porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran: porque serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque se saciarán. Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos obtendrán misericordia. Bienaventurados los de corazón limpio: porque verán a Dios. Bienaventurados los pacificadores: porque serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia: porque es suyo el reino de los cielos. Benditos seis cuando os desprecian, os persigan y hablarán de todo lo malo contra vosotros, sin verdad, por Mí.

Alégrate y regocijaos, porque vuestra recompensa es muy grande en el cielo. Así persiguieron a los profetas que estuvieron antes que vosotros. Eres la sal de la tierra. Pero si la sal pierde sabor, ¿con qué se salará? Ya no sirve para nada más que ser rechazada y pisoteada por hombres. Eres la luz del mundo. Una ciudad situada en una montaña no puede ser ocultada. Tampoco los hombres encienden una vela y la ponen bajo un fanege, sino sobre un candelabro, para que brille para todos los

que están en la casa. Así que que brille tu luz ante los hombres, para que vean tus buenas obras y glorifiquen a tu Padre que está en los cielos. MATTHEW 5, 1-16

Mesech cuando salió de picnic, así que no había motivo para preocuparse por el Maestro Mesech. "Cinco hogazas y un par de peces para un niño pequeño — ¿o quizá lo compartió con un amigo?"

"Pero la comida fue hace mucho tiempo. No te vas a poner enferma, cariño, ¿verdad?" Ansiosa, su madre le tocó la frente y le apartó los gruesos rizos negros.

"Te preocupas demasiado por él, Tamar (TAY-mur). Sé que ahora no tiene padre, pero aun así..."

"Estoy perfectamente bien, pero me voy a la cama ahora", respondió Mesech. "Y por favor, madre", susurró, "¿vendrás pronto a decirme buenas noches?"

Cuando estaban solos, sin tías quisquillosas y parlanchinas que interrumpieran con exclamaciones de asombro, le confesó a su madre lo que había pasado con su almuerzo en la ladera sobre el mar de Galilea. Un hombre amable llamado Andrés lo llevó con Jesús y le dijo: "Aquí está, Maestro, el niño con sus panes de cebada y pescados, el único que pude encontrar en toda esta gran multitud que tuviera algo de comida." ‘

"Y el Amo sonrió y puso Su brazo alrededor de mis hombros y me apartó un poco del resto, y sentí como si fuera mi propio padre. Incluso me llamó hijo. 'No estoy dispuesto a tomar tu comida, hijo, pero toda esta multitud hambrienta — ¿qué hacemos para alimentarles, tú y yo? Hay agua para beber en el arroyo, pero nada para comer. Me seguirían hasta aquí, y ahora, a menos que vengas al rescate y confíes en Mí tu almuerzo para repartirlo entre ellos... ¿Lo harás, Mesech? Te prometo que habrá de sobra para todos — para ti también.' ”

"No me importa mí misma', respondí, 'y por supuesto confío en Ti, Maestro. Solo por favor — ¿puedes estirar para que haya suficiente para ti también?'

"Sonrió de nuevo y dijo: 'Suficiente para todos.' Nuestra charla secreta con—gether terminó y comenzó el banquete y había suficiente para miles y miles de personas — y madre, ¡moriría por Él en cualquier momento que Él quisiera!"

La fiesta con los tabernos

"MUY BIEN, Andrew, puede que así te pasara a ti, a Philip y a John, pero allí estaba yo, sentado en mi casa de la aduana, cobrando impuestos y encantado de pensar que me hacía cada vez más rico cada día, sin tener ni idea de lo que me iba a pasar. Por supuesto, los había oído hablar de Jesús; Ezar estaba difundiendo por toda la ciudad sobre sus milagros y curas, expulsando demonios y poniéndolos en una manada de cerdos que descendió por el acantilado hacia el mar. Puedo decirte que algunos porqueros no estaban muy contentos con ello, y tuvieron bastante disputa en el mercado. Uno escucha cotilleos, ya sabes, pero no toca de alguna manera la vida y las cosas de cada uno. De hecho, entra dentro del epígrafe de entretenimiento ligero.

"Y el otro día, levanté la vista de contar mi cambio porque iba a echar la bronca a un chico que me había dado poco dinero, y me dije a mí mismo: 'Hola, ese es el profeta. No podía confundirle. Ahora supongo que girará la cabeza y pasará junto a mí como si fuera un mal olor. No puedes esperar que un hombre santo no sienta eso por un recaudador de impuestos deshonesto.' Y es cierto, en realidad no se detuvo. Pero tampoco apartó la cabeza. Me sonrió como un viejo amigo y dijo: '¡Sígueme!'

" "Sígueme" — como si diera por sentado que eras el tipo de hombre que, en cuanto te llamara, debía reconocer que esto era, con diferencia, lo más grandioso que te podría pasar en toda tu vida.

No, Nathaniel, no lo he olvidado, ya me has contado siete veces la historia de cómo te vio sentado bajo la higuera antes de que pudiera haberte visto o saber que estabas allí."

Matthew continuó: "Nunca lo pensé dos veces — simplemente le invité a mi alojamiento. Ni siquiera pensé en advertirle humildemente de que quizá no disfrutaría de la compañía de mis amigos tanto como nosotros disfrutaríamos de la suya, Él tan glorioso y nosotros tan mezclados. Simplemente sentí que esto merecía una celebración. Tenía que desahogarme o habría explotado y salido volando en pedacitos. El Maestro, simplemente se rió y aceptó al instante que un banquete era

lo más importante. Él era muy partidario de los banquetes y celebraciones, especialmente de este tipo, informales y espontáneas. Y Él era el alma de la fiesta, de alguna manera aún más cuando escuchaba nuestras historias y captaba el mensaje enseguida — aunque Él mismo era un narrador maravilloso de relatos. un

"Dijo una vez que no podía soportar esos banquetes importantes 'en los que solo me invitan porque tienen curiosidad por ver cómo soy.' Cuando uno de nosotros sugirió que los fariseos podrían hacer precisamente eso, Él volvió a reír y dijo: '¿Podría? ¡Lo harán!'

"¡Y créeme o no, lo hicieron! Un poco después me contactaron y me preguntaron, no muy educadamente: '¿Cómo puede este tuyo Amo codearse con gente como tú y tus amigos?'

"Esto sí que fue algo extraño. No me di cuenta de que Jesús estaba a mi lado en ese momento, ni tampoco los fariseos, y todo su ánimo de reír y disfrutar se había ido. Yo habría tenido miedo, pero esos fariseos no saben cuándo tener miedo y cuándo no. De todos modos, les miró con dureza y dijo: 'Son los enfermos los que necesitan un médico, no los que están bien.' ”

Nicodemo

"¡NN" SE LAVÓ LAS MANOS ANTES DE LA COMIDA!" EXCLAMÓ JARED (JAY-RED), UN ESCRIBA, INCRÉDULO ANTE LO QUE Simón el Fariseo le estaba diciendo. "Le invitaste a tu cena del mediodía, y Él entró y se sentó a tu mesa..."

Jared estaba sorprendido, pero codicioso, por saber más sobre ese glotón y bebedor de vino que, al parecer, bebía de forma libre y fácil cuando estaba en casa de un recaudador de impuestos común, pero que no parecía apreciar el privilegio de ser invitado a la casa de un anciano del Templo. "Me pregunto por qué se molestó en venir."

Pero Simón el Fariseo negó con la cabeza. "Esta oportunidad de denunciarnos era lo que Él quería, y la aprovechó. Naturalmente, a ninguno de nosotros nos importa cómo un loco insolente elija llamarnos — nosotros, que siempre hemos prestado tanta atención escrupulosa al lavado ritual y limpiado a fondo cada centímetro de las tazas y platos que usamos; nosotros, que siempre otorgamos a Dios la décima

parte de todo lo que poseemos. Y en cuanto a la culpa atronadora sobre nosotros por ocupar los primeros asientos en la sinagoga, ¿dónde más deberíamos sentarnos? Son nuestros por derecho. ¿Deberíamos sentarnos al fondo con los tabernes? Y cuando los pobres corren hacia delante para besarnos las manos en el mercado, no es que quisiéramos que los besaran, pero les da placer, así que no nos apartamos.

"Pero en realidad nos denunció por estos tributos a nuestra justicia: 'Ay de vosotros, fariseos, sois como tumbas blanqueadas: bonitas de mirar pero llenas de huesos de muertos.'

"Peresh (PEA-resh), el abogado, le respondió directamente. ' Maestro', le recordó, '¡ese desprecio también nos incluye a nosotros!'

"Ante esto, Jesús también se volvió contra él. ' ¡Vosotros, abogados, cargando a los hombres con mochilas demasiado pesadas para soportar, mochilas que vosotros mismos no tocáis ni con un dedo!' Por mi palabra, no estoy seguro de que no haya usado las palabras 'prole de víboras, hipócritas, asesinos', que quizá sean los abogados, pero ¿nosotros? 'Vosotros, fariseos, que os esforzaros con un mosquito y tragáis un camello' — ese tipo de diatriba seguro que se difunde entre la gente ignorante. Por tanto, es nuestro deber vigilar Sus actividades, esperar y cazarlo. Un hombre tan franco — elocuente, lo llamarían sus vulgares seguidores — es un peligro para Israel.

"Naturalmente, no debe esperar que le vuelvan a invitar a ninguno de nuestros banquetes. Ya era bastante grave que se atreviera a azotar a los comerciantes por vender sus mercancías en la corte del Templo, considerando que tenían nuestro permiso. Pero esta rebeldía y falta de respeto — Nicodemo (NICK-o-DEE-mus) está de acuerdo conmigo", añadió, interpretando, mientras pensaba, al fariseo silencioso que se había unido a ellos unos momentos antes y se quedó escuchando la descripción de Simón de un banquete en el que él mismo no había estado presente.

"Sin embargo, no se puede evitar honrar tal valor", comentó Nicodemo lentamente.

Los otros dos ancianos se sorprendieron. Nicodemo siempre había sido tan tímido, tan rara vez alzaba la voz contra la mayoría, que daban por sentado su apoyo. Al separarse, le miraron quizá con menos desprecio de lo habitual, aunque molestos

porque se alió siquiera un momento con ese incendiario de Nazaret. Aun así, ¿qué importaba lo que Nicodemo pensara o dijera?

Se habrían sorprendido si hubieran sabido que Nicodemo apenas pensaba en ellos, sino solo en lo preocupado que estaba ahora por haber ido a ver a Jesús en secreto por la noche. Temía que los otros gobernantes judíos pudieran enterarse de ello, pero lo desesperado que había querido saber si este profeta capaz de hacer milagros había sido realmente enviado por Dios para enseñarles.

A la pregunta de Nicodemo, Jesús respondió: "Créeme, un hombre no puede ver el reino de Dios si no renace."

"Pero", protestó Nicodemo, "¿cómo es posible que un hombre nazca siendo ya viejo?"

"Créeme de nuevo, Nicodemo, ningún hombre puede entrar en el Reino de Dios si no le viene el nacimiento. Del agua y del Espíritu Santo. El viento sopla donde quiere y nosotros, que oímos su sonido, no sabemos por dónde vino ni hacia dónde va."

Más tarde, sentado en su jardín a la sombra de un olivo y contento de estar solo, Nicodemo reflexionó sobre cómo Jesús nunca le había reprochado su cobardía al visitarle sigilosamente y bajo el amparo de la oscuridad. Aunque él mismo no tenía miedo en absoluto, Jesús lo había entendido maravillosamente. Quizá algún día — quizá no sea en mucho tiempo — pero algún día él mismo podría captar esta cualidad de valor y redimir su antigua debilidad haciendo un servicio al Maestro, a la vista de todo el mundo.

María y la Pieza de Plata Perdida

HABÍA SIDO un día muy caluroso. Cuando Ezar llegó y encontró a Mary I descansando fuera de su casa en la fresca de la tarde, suspiró aliviado al poder sentarse a su lado y aceptar su oferta de un trago de agua fría, un plato de higos y unos pasteles de cebada.

María sabía que Esar iba corriendo allá donde escuchaba que Jesús pudiera estar haciendo milagros, así que con la esperanza de que pudiera darle alguna noticia

preguntó con un poco de nostalgia: "¿Has visto a mi Hijo últimamente?" Ezar asintió, con la boca llena, y un momento después contó el emocionante incidente de un gobernante de la sinagoga llamado Jairus (JAY-ih-rus). Había suplicado a Jesús que viniera a su casa, pues tenía fe en que el Maestro podría curar a su única hija, de doce años, que estaba muriendo. "Así que Él se fue, y la multitud se arrastró con él, pero en nuestro camino un mensajero se acercó a Jairo para decirle con tristeza: 'No hace falta molestar al Amo.

Tu hija está muerta.' Sin embargo, tu hijo le tranquilizó y le dijo que no tuviera miedo: solo tenía que creer y la niña se recuperaría.

"Cuando llegamos a la casa de Jairus, no dejó entrar a nadie con él salvo Pedro, Santiago, Juan y el padre y la madre del niño. Pero me colé tras ellos. Todos lloraban y lamentaban, y los dolientes tocaban la flauta; pero Jesús dijo en voz baja: 'La doncella no está muerta, está dormida.'

"'Pero está muerta, está muerta', insistieron todos. ' ¿Crees que no podemos notarlo?'

"No prestó atención, pero tomó la mano de la chica y dijo: '¡Levántate!' Y se incorporó allí mismo, llena de vida, y empezó a hablar.

"La gente simplemente no podía creerlo. Sus padres estaban desconsolados de alegría. En medio de todo el alboroto que siguió, Jesús fue el único que permaneció perfectamente calmado y práctico. Dijo: 'Dadle algo de comer; lo va a necesitar.' ”

Ezar se separó y aceptó otro higo delicioso. "Gracias, gracias, señora. Siempre eres muy considerado."

Mary sonrió. "Suenas más asombrado de que Jesús les recordara que dieran algo de comer a la niña que de que la despertara de la muerte."

Ezar reflexionó sobre su comentario un momento y luego habló pensativo. "¿Sabes? Creo que tienes razón. Al principio, cuando estaba tan emocionado por estos milagros que realizaba, expulsando demonios y sanando leprosos y devolviendo la vista a los ciegos, simplemente no podía creer que fuera verdad. Tuve que verlo con mis propios ojos, y una o dos veces, cuando llegué demasiado tarde, casi lloré de

decepción. Pero ahora — ahora parece que cada vez sé más que sé — de mano Él podrá hacer lo que Él diga, y solo las pequeñas cosas humanas, como decirles que le den algo al niño al gato, las que todavía me sorprenden, no el milagro en sí. En este caso, quizá Él recordaba su propia casa aquí contigo y las veces que podría recordar que le dijiste: 'Deja de montar un escándalo y dale algo de comer.' ”

Ahora se unían en la puerta Caleb (KAY-lub) y Lydia, un pastor vecino y su esposa que a menudo aparecían sin invitación, pensando que Mary podría sentirse sola ahora que tan rara vez veía a su querido único Hijo.

"Es cierto", comentó Caleb, "Él siempre conoce sus hechos de principio a fin. Por ejemplo, tu marido José le enseñó a ser carpintero, y no hay mejor carpintero en kilómetros a la redonda. Pero ser pastor es mi trabajo, no el suyo. Sin embargo, una vez Él y yo discutían la diferencia entre un buen pastor y un pastor contratado que no se preocupa por las ovejas, porque no son suyas. Las ovejas reconocen mi voz. Paso delante de ellos y naturalmente me siguen, pero nunca confiarían en estos mercenarios que en cuanto ven a un lobo huir por sus vidas. En fin, Jesús sabía tanto de todo esto como yo."

Ezar asintió. "Siempre se nota cuándo un hombre viene del tipo de hogar adecuado. Esas parábolas del Maestro no están cargadas de grandeza ni bordados de oro. Es práctico y con los pies en la tierra." De repente, recordando otra parábola, se inclinó hacia adelante y tocó el brazo de María.

"Dime, señora, ¿alguna vez ha perdido alguna vez una pieza de plata?"

"¿Cómo ibas a saberlo, Ezar? Fue hace años. Tenía diez y J perdió uno, así que encendí la lámpara, barré la casa y busqué por todas partes hasta encontrarlo. Y luego — lo recuerdas, ¿verdad, Lydia? — Te llamé a ti y a todos nuestros vecinos y tuvimos una gran celebración, me alegré mucho de encontrar esa pieza de plata que faltaba. Tenía tanto miedo de que se hubiera ido para siempre."

"Pero aún así habrías tenido los otros nueve."

Mary negó con la cabeza con fuerza. "No importaba. Me importaba encontrar al que se había perdido." Sí, pensó, y Jesús habría estado aquí en ese momento, pues fue

mucho antes de la boda en Caná, cuando empezó a andar predicando por todo el campo. "Pero Ezar, ¿cómo lo supiste?"

"El Maestro usó la historia en una de las parábolas que cuenta a la multitud, y supuse que seguramente debió de verla en su propia casa porque la historia sonaba tan realista. Su voz se suavizó al contarlo, como si la Madre a la que amaba tan cálida y tiernamente estuviera realmente a su lado."

El joven rico

EL JOVEN RICO Estaba sentado triste y solo en una habitación de su espléndida casa. Deseaba y deseaba poder hacer lo que el Amo le había sugerido. Antes de darse la vuelta, aunque la lucha seguía en su interior, era consciente de una extraña manera de que la batalla ya estaba perdida. Justo en ese momento escuchó a Jesús comentar con tristeza a sus discípulos que era más fácil para un camello pasar por la punta de una aguja que para un hombre rico entrar en el reino de Dios.

"¿He cometido un error espantoso?" seguía preguntándose el joven. "No, estaba pidiendo demasiado. No es como si hubiera pecado en el pasado. Entonces quizá Él quiso que hiciera algo tan drástico como vender todo lo que tengo y dárselo a los pobres, como una especie de penitencia. Pero Él mismo dijo, cuando le pregunté qué tenía que hacer para alcanzar la vida eterna, que debía cumplir los Diez Mandamientos. 'Maestro', respondí, 'los he guardado desde que crecí.' Oh, si tan solo me hubiera ido rápido, antes de que Él tuviera tiempo de contarme que vendí todas mis posesiones, ahora estaría aquí sentada perfectamente contenta. Tal y como están las cosas, no podré dormir tranquilo esta noche ni mañana ni en semanas y semanas — si es que alguna vez lo hago. .

"Está muy bien para esos amigos pescadores suyos. ¿Qué tenían que renunciar en comparación conmigo? Incluso el santo rabino era solo un cuidador de coches, así que no se da cuenta de que las riquezas significan responsabilidades. No se le puede culpar por no poder asimilar lo que implica, por renunciar a casas, tierras y sirvientes. Aun así, no tenía derecho a pedirmelo.

"¿El tesoro es el cielo? Sí, pero el Cielo está muy lejos. Y soy joven. Debería saber que quiero conservar mis riquezas por el bien que puedo hacer con ellas, no para ser poderosa e importante. Y seguirle podía ser como seguir un sueño irreal, y cuando descubrió que no servía para nada, no podría haber vuelto a casa y

retomado mi vida anterior porque mi casa y mis sirvientes habrían desaparecido — más allá de la memoria.

"Pero Señor, la forma en que me miró — como si me amara... Voy a estar atormentado por Sus ojos toda mi vida. ¡Estaban tan profundos y decepcionados después de que negué con la cabeza! Por eso me quedé un rato, esperando contra toda esperanza que pee me quisiera, que cediera un poco, solo un poco, y no insistiera en que yo - debía vender todo lo que me perteneciera. Si Él me amaba, ¿qué le impedía ceder un poco?" El joven hizo una pausa y luego estalló amargamente: "¡Es un fanático! _Thate él!" » , Pero eso no fue el fin de las reflexiones del joven. Continuó. "¡O si solo me hubiera ordenado, en vez de dejarme tomar una decisión propia de mi Hijo! Naturalmente, habría obedecido. Pero ni siquiera intentó convencerme —- ¡Me dejó libre!

"¿Pero cómo podría cambiar de un solo vistazo a toda mi forma de vivir? No soy pecadora. He guardado los Mandamientos y sigo cumpliéndolos. No hay daño en la riqueza si uno no es egoísta y malo. '¡Sígueme!' Dijo. Esperaba que fuera un héroe, pero no lo soy. Me desprecio a mí mismo... ."

Allí estaba, el joven rico, rodeado de las posesiones que había decidido conservar. Pero nunca más le parecerían nada más que vacíos.

Malco

EL SUMO SACERDOTE del Templo vino a consolar a Malco (MAL-kus),

su sirviente. "Un incidente muy desafortunado, pobre amigo. Me entristeció mucho cuando lo supe. Sin embargo, al menos debes sentirte satisfecho ahora que ese criminal ha recibido sus defectos. Si alguna vez un hombre mereciera ser crucificado como un ladrón común..."

Malchus no respondió y su amo continuó. "Sin embargo, entiendo que no fue realmente este Jesús mismo, sino uno de sus temerarios seguidores, quien te cortó la oreja cuando intentaste arrestarle? Aunque sin duda fue incitado a ello."

"¡No!" estalló Malchus de repente. No acostumbrado a la contradicción, Caiphas (KAY-ih-fus) se detuvo en seco en su suave flujo de simpatía. Tras una larga pausa, Malchus continuó: "¿Quieres ver el lugar desgarrado y sangrante donde me cortaron la oreja?"

El sumo sacerdote estaba algo desconcertado, sin deseo de ver una herida desagradable. Pero, naturalmente, no se le veía sobresaltándose ante el espectáculo. Así que su: la oreja derecha de sirviente se le mostró . . . entero y sano sobre su cabeza.

Malchus observó su rostro y sonrió irónicamente ante su total desconcierto. "Señor, está ante un milagro. Este Jesús, a quien fuimos enviados a arrestar con faroles, antorchas y armas, tocó mi oído después de que uno de sus discípulos de temperamento estupenda casi me lo cortara mientras cortaba con una espada. Tocó el lugar y de inmediato se curó."

"Me niego a creer que haya pasado así. Te han sobornado para inventar la historia."

"¿Sobornado? ¿Con quizá treinta piezas de plata, como su traidor Judas, que nos condujo al Jardín de Getsemaní (geth-SEM-uh-nee)?" Malchus habló ahora con pasión. "¡Ya es hora de que dejes de tergiversar la verdad! Soy tu siervo no Jonger, mi señor Caiphas. Os digo, salí con los demás a arrestarle, a uno de sus enemigos, esperando pelea. Le dijo a sus amigos que envainaran sus espadas, pero un poco tarde.

"Cuando cierro los ojos, todavía puedo ver los olivos oscuros en el jardín hasta que la luz de nuestra antorcha brilló sobre ellos. Todavía puedo oír el choque de brazos, y recuerdo ese dolor punzante en el costado de mi cabeza. Oh, mis compañeros os contarán cómo grité, me retorcí y maldije. Sin embargo, Él, en su peor momento, solo pensó en lo que podía hacer por mí."

"Te dejas impresionar demasiado fácilmente", se burló Caiphas. "¿Qué prueba todo esto? No era más que un truco, una especie de magia satánica barata. No eres un tipo muy listo, Malchus."

"¿Lista? Tus escribas son listos. No lo soy y nunca lo fui. Pero ahora, cuando mi esposa me susurra al oído derecho, no necesito gruñir: '¡No puedo oír ni una sola

palabra de lo que dices, no tengo oído para oírte!' En fin, no es tanto su poder para hacer milagros, sino el hecho de que le importaba sanar mi dolor, aunque veía todo el dolor que tenía delante. Puede que me hubiera alistado como Su seguidor, pero no me diste mucho tiempo, ¿verdad, mi señor Caiphas? No pasó mucho tiempo entre entonces y la azote y la corona de espinas presionada sobre su cabeza y los clavos clavados en su carne. Solo entonces supe..."

"¿Qué sabías tú, insolente tonto?"

"Que Aquel que me curó sin pensar en Sí debe ser... el Hijo de Dios."

El Discípulo del Discípulo Amado

John, el querido discípulo, ya envejecido, a veces se sentía abrumado por una soledad desesperada cuando era exiliado en la isla griega de Patmos (PAT-mus) — solo incluso con los cuatro escribas que insistían en acompañarle y escribir su Evangelio tal como él lo dictaba. Escribían con un stylus sobre pergamino contra una roca inclinada en su cueva, para que el mundo pudiera leerlo en el futuro. Sin embargo, John era más feliz cuando hablaba a su antojo con el más joven de los cuatro, Prochorus (PROCK-o-rus), que aparentemente nunca se cansaba de escuchar cada detalle de cada incidente en la vida de Jesús. El joven hacía pregunta tras pregunta con entusiasmo...

"¿Crees, Maestro, que Él sabía que serías el último discípulo en quedar vivo entre Sus discípulos?"

"Lo sabía desde toda la eternidad", dijo John con firmeza. "Había estado profetizando la muerte de Pedro por martirio. ' Alimenta a mis corderos', le dijo, y 'Alimenta a mis ovejas.'

"Entonces Peter se giró y me vio siguiéndome, y preguntó qué iba a pasarme. ¿Yo también sería martirizada?

"Jesús no respondió directamente, sino que simplemente dijo: '¿Y eso qué te importa?' Siempre nos contaba solo lo que estábamos preparados para escuchar

entonces. Entendíamos tan poco — ahora me parece extraño, mirando atrás, lo poco que puedo.

"Te digo, Procoro, mi madre una vez fue a Él y se arrodilló para hacer una petición muy especial en mi nombre y de mi hermano — ¡ya sabes cómo son las madres!" Aquí están mis dos hijos', dijo, señalando a James y a mí. 'Concédete que en tu reino uno de ellos se siente a tu derecha y el otro a tu izquierda.' Y ni James ni yo nos molestaba que hiciera una pregunta tan tonta. De hecho, me avergüenza decir que nosotros mismos sentimos lo mismo al respecto, y nos sorprendió cuando Él respondió tan gravemente que ni en la mano derecha ni en la izquierda eran los lugares que Él podía dar. Eran para aquellos para quienes su Padre las había destinado."

"¿Y te decepcionó?"

Pero los pensamientos de John estaban lejos, y Prochorus, arrepentido por si acaso interrumpía la ensoñación de su amo, lamentó su pregunta. Habían estado trabajando muy duro todo ese día, él y Thara (THAY-ruh), Abiel (AY-be-el) y Demetrius (duh-ME-tree-us), así que era bueno, ahora que había llegado la tarde, relajarse y escuchar.

Poco después, John volvió a hablar. "Extraño... recordando cada palabra que dijo, el tono con que la dijo, la mirada en sus ojos — aun así no le reconocí cuando se nos apareció la noche del día después del sábado, el día en que encontramos su tumba vacía. La puerta estaba cerrada con llave porque temíamos que los gobernantes del Templo nos descubrieran. Y de repente se puso entre nosotros y dijo: '¡La paz sea con vosotros!' y luego, 'No tengáis miedo', porque estábamos acobardados llenos de terror como si Él fuera una aparición maligna. ¡Imagínate que le tenemos miedo y no nos levantamos de inmediato, salvajes de alegría!"

Prochorus intentó excusar suavemente su terror. "Lo viste crucificado y derribado de la Cruz, muerto."

John se estremeció. "Sí, pero aun así... Sin embargo, sabía bien cómo tranquilizarnos. Nada de largas charlas, ni una palabra de reproche, simplemente, '¿Tienes algo aquí para comer?' Comimos un trozo de pescado asado y un panal, y Él se sentó con nosotros y compartió la comida."

"Debió de parecer demasiado bueno para ser verdad", susurró Prochorus, sin aliento ante la escena tan vívidamente evocada.

"Era verdad, Prochorus, y demasiado bueno para ser verdad — ambos a la vez. Esa misma tarde, Cleofás (KLEE-o-fus) y otro discípulo caminaban hacia un pueblo llamado Emaús (eh-MAY-us). Jesús se acercó y comenzó a caminar a su lado y a dejar claras las Escrituras, pero tampoco le reconocieron. Incluso preguntaron: '¿Eres el único peregrino a Jerusalén que no ha oído hablar de lo que le ocurrió en los últimos días al profeta, Jesús de Nazaret?'

"Cuando se acercaron a la aldea, presionaron a su compañero desconocido para que se quedara con ellos. Cuando se sentaron a cenar, tomó pan, lo bendijo y partió, y se lo ofreció — y desapareció. Solo entonces se dieron cuenta de quién era Él. Partir el pan y dárnoslo para comer tenía una potencia misteriosa. Recuerda, cuando con un toque resucitó a la hija de Jairus, les ordenó darle algo de comer."

"Maestro, no me has contado la historia de la hija de Jairo."

"Sí, sí, debí haberlo hecho. Lo has olvidado."

Así que Prochorus lo dejó pasar sin más protestas; Quizá escucharía más cuando lograra no interrumpir los recuerdos del anciano.

"¿Alguna vez te has fijado, chico, cómo algo que ha pasado antes sigue ocurriendo una y otra vez cuando al principio no lo entiendes? Es como si Dios mismo hiciera todo lo posible por inculcarnos y perdonarnos por ser unos tontos tan lentos."

"Sí, lo he notado. ¿Esto especial que dices que pasó antes también tiene que ver con comer?"

"Comer junto a Él. Habíamos estado pescando desde el barco de Pedro en el mar de Galilea. No pescamos nada en toda la noche. Cuando llegó la mañana, un hombre de pie en la orilla llamó: '¿Habéis pescado algo, amigos?'

"Dijimos que no, así que el hombre nos dijo que lanzáramos la red a la derecha del barco. Obedecimos, y en pocos momentos teníamos tal banco de peces que no teníamos fuerzas para recogerlos.

"De nuevo no le reconocí de inmediato, pero en un instante me di cuenta de quién era y exclamé a Pedro: '¡Es el Señor!' Al menos yo fui el primero en reconocerle", añadió John con un toque de orgullo.

"Desembarcamos y encontramos una hoguera de carbón con pescado y pan cocinándose encima. Jesús dijo: 'Trae algunos de los peces que acabas de pescar y desayuna conmigo.'

De repente, Procoro estalló: "Pero siempre queriendo compartir el pan — encaja con la historia que me contaste ayer sobre Jesús sanando a un hombre nacido ciego — no solo por el tacto o a distancia, como con el siervo del centurión, sino usando arcilla y saliva para esparcir sus ojos — siempre usando cosas terrenales mientras estaba en la tierra, para mostrarnos cómo seguir usándolas después de que Él se haya ido."

Prochorus se detuvo, avergonzado por su propia audacia. "Perdóname, Maestro, pero desde que llegamos aquí siento que, a través de ti, estuviera encontrando a Jesús mismo, escuchando día tras día lo que recuerdas y sabiendo que hay más y más por venir, como agua de un pozo interminable. Nunca terminarás, ¿verdad?"

"No temas, muchacho." John sonrió y puso una mano cariñosa en el brazo del joven. "Queda tanto más que hizo Jesús que, si todo se pusiera por escrito, no creo que el mundo mismo pudiera contener los libros que tendrían que escribirse."

Los acontecimientos relatados en este álbum aparecen en la Santa Biblia de la siguiente manera: El niño y los doctores en el templo: Lucas 2 ¢ La llamada de Natanael: Juan 1 * El banquete de bodas en Caná y El azote de los comerciantes y cambistas: Juan 2 * La mujer en el pozo de Jacob: Juan 4 * La curación del hombre paralizado: Mateo 9, Marcos 2, Lucas 5 ¢ El hombre poseído por un espíritu impuro: Marcos 1, Lucas 4 * El hombre de mano marchita: Mateo 12, Marcos 3, Lucas 6 © El milagro de los panes y los peces: Mateo 14, Marcos 6, Lucas 9, Juan 6 © El banquete con los taberneros: Mateo 9, Marcos 2, Lucas 5 « Nicodemo: Juan 3 © La pieza de plata perdida: Lucas 15 º Hija de Jairo: Mateo 9, Marcos 5, Lucas 8 « El buen pastor: Juan 10 * El joven rico: Mateo 19, Marcos 10, Lucas 18 ¢ Malco: Mateo 26, Marcos

14, Lucas 22, Juan 18 e El discípulo del discípulo amado — "Alimenta a mis corderos": Juan 21 º La madre de Santiago y Juan hace una petición especial: Mateo 20 « La paz sea contigo" y Emaús: Lucas 24 ¢ Pesca desde el barco de Pedro: Juan 21 * Un hombre nacido ciego: Marcos 8.

SOBRE EL AUTOR

La vida agitada de G B. STERN incluye una obra escrita a los ocho años, una novela publicada cuando tenía veinte, viajes y educación en Alemania y Suiza, dos años de estudios en la Royal Academy of Dramatic Art, la destrucción de su casa en Londres y su biblioteca de 2.000 volúmenes durante el blitz de guerra, y contratos para escribir guiones de Hollywood. Su producción literaria abarca desde relatos cortos, periodismo freelance y guiones cinematográficos hasta reminiscencias informales y fábulas sátiras, hasta biografías, novelas y obras de teatro. Durante más de treinta años ha promediado más de un libro al año; sus títulos más conocidos incluyen Robert Louis Stevenson, For All We Know, Did He Stop and Talk to You y Unless I Marry. La señorita Stern se convirtió al catolicismo en 1947; All in Good Time es la historia de su conversión. Divide su tiempo entre Londres y su casa de campo inglesa.

SOBRE EL ARTISTA

BOCETOS A TINTA para este álbum son obra de Creig Flessel, destacado ilustrador de libros y revistas cuyas acuarelas pueden verse frecuentemente en exposiciones de Nueva York. Sus aficiones son la navegación y la pesca de almejas, dos actividades que puede disfrutar con su encantadora esposa y sus dos hijos. Él y la señora Flessel también participan activamente en el programa juvenil de su iglesia.

Libro completo con imágenes en *https://archive.org/details/the-personality-of-jesus-g-b-stern/page/64/mode/2up*